

# Por una educación secularizada cristiana

EDUARDO MALVIDO

## I. UNA CULTURA SECULARIZADA

### **La cultura más revolucionaria de todos los tiempos**

Nunca la realidad de la cultura ha sido tan decisiva como en nuestros días. Siempre ha habido cultura —o sea, el modo de pensar y de actuar del hombre en relación con el mundo—. Pero el fenómeno cultural admite niveles muy diversos según las épocas, grados muy distintos según los lugares, y avances y retrocesos imprevisibles hasta el momento presente.

Sólo en la actualidad nos encontramos ante la cota más alta jamás alcanzada por la cultura anteriormente. Sólo ahora se impone el hecho cultural en todos los rincones de nuestro planeta. Únicamente en el siglo xx la cultura se ha convertido en un proceso irreversible, imparablemente progresivo.

Claro que la cultura hodierna no ha surgido de la noche a la mañana. Lleva más de tres siglos formándose en las entrañas de la historia humana. Fue a partir del Renacimiento y, más decididamente, en el período de la Ilustración cuando podemos hablar de ella y señalarla con el dedo. Pero entonces se trataba únicamente de una cultura en estado embrionario, aún no reconocible en su nítida y admirable figura posterior. Sólo a principios de este siglo xx podemos identificarla como una cultura nueva, inédita, y describirla por sus rasgos peculiares a la vista.

## **Una cultura con aspecto de máquina**

El hombre —«esa caña pensante» según Pascal— siempre ha intentado dominar con su razón el mundo en el que vive. Semejante intentona humana es una constante a lo largo de los siglos. Los éxitos conseguidos sobre la superficie de la tierra han sido muy dispares y, a todas luces, tardíos.

El conocimiento científico del cosmos lleva una fecha de nacimiento muy reciente. Hay que nombrar nuevamente a nuestro siglo xx para poder hablar de una ciencia experimental firme y generalizada a todos los ámbitos de la realidad (física, química, biológica, histórica, económica, psicológica...).

También se registra en el siglo xx el nacimiento de una técnica segura y universalizada. El desarrollo del saber empírico ha sido justamente la causa de que nuestra cultura presente sea una cultura tecnificada.

La cultura del siglo en curso se nos presenta ante los ojos como una maravillosa y temible máquina capaz de descifrar la naturaleza, capaz de conducirla con acierto, capaz de hacerla rendir ubérrimamente, capaz de perfeccionarla, capaz de someterla y de reducirla a un manso animal, capaz de hacérsela disfrutar, capaz de programarla para los tiempos venideros, capaz de deshacerla y de deshacernos, capaz de moldearla a la medida de nuestros ensueños y capaz de transformarla en una terrible pesadilla... Pensemos en los robós de las películas de ciencia-ficción. Son criaturas del saber científico que despiertan nuestra admiración, por un lado; pero, por otro lado, arrancan de nosotros cierto recelo y un secreto pavor.

## **Una cultura sin nombre y sin rostro de hombre**

Las últimas líneas escritas acerca de la cultura científica y técnica de nuestro tiempo apuntaban al carácter despersonalizado de la cultura actual. Es cierto que cada invento científico lleva consigo el nombre concreto de algún sabio. Pero también es cierto que la fantástica realidad de nuestro mundo tecnificado se ha engullido a sus múltiples inventores, y el hombre contemporáneo se las tiene que ver con una realidad artificial de pantallas, antenas, centros emisores, centros receptores, botones, ondas, ruidos, luces... Nos hallamos dentro de una atmósfera no humana, extraña, fría.

Los inventos de épocas pasadas —por su escaso número e insignificante trascendencia— no lograron quitar a la vida el cálido protagonismo de lo humano en ella. Hoy, por el contrario, la vida transpira el carácter despersonalizado e innominado de la ciencia y de la técnica en todo aquello que nos rodea.

## **Una cultura secularizada**

A pesar de lo expresado en el apartado precedente, los frutos y las ventajas de la cultura tecnificada pueden más en los hijos de este siglo que la desconfianza y los espantos que dicha cultura produce en ellos.

La verdad es que el hombre actual se siente más «mundano» que nunca. En vez de hacer ascos y deshacerse en temores ante la realidad del mundo, está orgulloso de las posibilidades de dominio y de goce que la ciencia y la técnica le brindan. Estas, la ciencia y la técnica, le han dado conciencia positiva de su ser secular (*saeculum* = siglo = mundo) y han activado también en él su capacidad de dueño del cosmos. En posesión de un dominio práctico de la naturaleza, el hombre del siglo XX no tiene necesidad de recurrir a seres divinos, a realidades extramundanas. Se las basta él solito para —¡por fin y enhorabuena!— llevar el timón de la nave cósmica. Quedan ya atrás y lejos los tiempos en que la realidad natural parecía estar poblada de dioses. El hombre, ahora, cree ser en propia persona aquel dios de antaño que intervenía en la buena marcha de este mundo. Ahora la tierra es para el hombre secularizado el cielo. Ahora «el allí» está «aquí». Ahora «lo alto» se encuentra «abajo».

## **II. UNA EDUCACION TAMBIEN SECULARIZADA**

### **El producto más valioso de la cultura actual**

La radio, el televisor, la máquina afeitadora, la cosechadora, el radar, el frigorífico, los aviones, los vehículos interplanetarios... son creaciones de nuestra época que levantan rendida admiración en aquel que las considera por unos momentos. En medio de nuestro mundo natural, la ciencia y la técnica han erigido como un universo artificial más bello, más seguro, más cómodo que el primero.

Pero hay aún otra realidad más delicada y preciosa que se está engendrando simultáneamente con los seres de plástico y de alambre del universo artificial: es la realidad del propio ser humano contemporáneo. La cultura científico-técnica del siglo XX es, por encima de toda consideración, una antropología viva y real. Dicha antropología es el logro mayor alcanzado por la cultura. Actualmente estamos asistiendo a un fenómeno cultural único: al hecho de que la cultura, por ella y desde ella misma, moldee positivamente al hombre que la está viviendo. En épocas anteriores, el infradesarrollo cultural dejaba paso a otros agentes engendrados de la humanidad. Esos agentes se llamaban: Dios, la fe, las religiones, la Iglesia católica, el Papa, la agresividad atea, ciertos movimientos sociales...

## **Ni judíos, ni moros, ni cristianos**

Están a la vista los efectos homogeneizadores, igualadores, de la cultura científica presente. En Filipinas, en Nigeria, en España... se copian y se extienden más y más los mismos modelos en el vestir, en el comer, en el beber, en la práctica del deporte, en el estudio, en las diversiones, en el gobernar, en el legislar... La cultura contemporánea cuenta con medios de influjo uniformista que desbordan las fronteras y las distancias de todo tipo existentes entre las naciones de la tierra.

El uniformismo impuesto por la actual cultura no se detiene ante las puertas de la interioridad humana. Se introduce resueltamente en nuestro interior y lo llena todo con su presencia y aliento. Las mismas diferencias religiosas pierden bulto y matiz ante el hecho trascendental de estar viviendo todos una misma cultura como la cultura científico-técnica. La manera de cada uno de nosotros de ser hombre es más deudora de la cultura científica actual que del credo religioso respectivo. Por eso nos parece más real declarar y proclamar la común antropología de «judíos, moros y cristianos» (título de un libro de Camilo José Cela) como resultado de las experiencias científico-técnicas de nuestros días que seguir pensando en que la religión es la moldeadora principal de los hombres. Puede serlo, pero no en un primer momento, en el momento del vivir espontáneo y libre.

## **Una educación secularizada**

Acabamos de decir que el hombre que somos depende, más que de la antropología subyacente en nuestra fe, de la cultura secularizada de nuestros días. Dentro de esta cultura en la que estamos metidos «de hoz y coze» (una de las frases favoritas de Miguel de Unamuno), estamos siendo educados secularizadamente.

En nuestro proceso educativo entran las perspectivas y características de la cultura secularizada: 1) Nuestro centro de interés y de preocupación es el mundo. 2) Nuestro modo de tratar con el mundo es el modo científico empírico y práctico. 3) En dicha relación, fácilmente se saca la impresión de que nos desenvolvemos como seres despersonalizados y dependientes de un enmarañado sistema global.

La caracterización que hemos hecho del proceso educativo secularizado no pasa de ser una caracterización aséptica, neutra... La educación secularizada real —que es la única que existe— presenta rasgos más concretos, menos ambiguos.

En la realidad de la vida, la secularización suele traducirse en los diversos campos —también en el campo educativo— en abierto y descarado secularismo.

## **Una educación secularista**

El fenómeno secularizador suele desembocar frecuentemente en puro secularismo. Esta es la realidad brutal, que conviene tenerla en cuenta para no pecar de ingenuos ni de botarates entusiasmados por el progreso evidente.

La verdad es que cotidianamente están nutriéndonos con una antropología que cifra el ideal humano en las diversas formas del poder, ya sea en el poder de la ciencia, ya sea en el poder del dinero, ya sea en el poder político de mandar sobre otros. De estos tres poderes, el más vigoroso y más en onda de actualidad es el poder del dinero, con el que se pueden conseguir, y de hecho «se compran», los otros dos poderes.

La antropología del tener es la que más circula y se valora en el mundo de hoy. Cuanto más bienes tiene uno, más gran hombre se le considera.

Dejémonos de frases halagüeñas y engañosas sobre el tema de la secularización. Dejémonos de creer en la grandeza del pensar humano capaz de hacer enormes «pájaros de acero», en la maravilla de la voluntad humana retadora de montañas y de mares, en el poder imaginativo del hombre que a través del arte intenta reflejar el Misterio... El hombre admirado por nuestra sociedad no es este hombre, sino aquel que tiene dinero, el que posee bienes, el dueño del capital. Este es el hombre que aparece como prototipo de todos los otros hombres. Este es el hombre reconocido por los demás como la figura más próxima a Dios, a un dios concebido, claro está, como Poder. El hombre hecho a imagen y semejanza de Dios —según la interpretación secularista del momento presente— no es «el pensador» de Rodin, ni el hombre sumido en la contemplación de la esencia divina. El hombre a quien se le encuentra más parecido con la divinidad es el hombre adinerado que puede hacerse con el control y el disfrute de nuestro universo altamente tecnificado.

### **III. PARA QUE LA EDUCACION SECULARIZADA SEA DEL TODO CRISTIANA**

#### **La secularización es cristiana por ser más humana que la sacralización**

Se ha dicho aquí que la secularización es un proceso irreversible e imparable en su extensión y en su intensidad. Ninguno de nosotros puede enfrentarse con éxito a la invasión secularizada para detenerla. Lo más sensato es zambullirse en ella y bracear a favor de la corriente de sus aguas.

Pero no sólo porque no haya otra salida posible. Sino, sobre todo, porque la secularización merece la pena de ser vivida por lo que tiene de progreso humano.

En efecto, un mundo conocido y dominado por los hombres responde, en principio, más a la naturaleza y dignidad humanas que un mundo ignorado y que se erige ante nosotros como un enigma temible. El hombre de culturas antiguas sacralizaba la naturaleza. Convertía a ésta en una realidad distinta de ella misma. Y el hombre tampoco era él mismo. Ante el mundo se comportaba como un niño asustadizo. Hasta la misma divinidad era víctima de la alienación. Dios no es ningún «tapa-agujeros». Al menos el Dios verdadero no tiene nada que ver con un mundo desconocido para el hombre y opuesto al señorío del hombre.

La secularización ha librado al hombre de la situación infrahumana en la que se encontraba respecto de la naturaleza. La secularización ha sido toda una conmoción en los cimientos de la vida que ha puesto las cosas en su justo sitio: al hombre arriba, en el sitio del señor, y el mundo abajo, a sus pies, como corresponde a un ser subordinado. Sí, la secularización está sacando a relucir el rostro humano que el cosmos tiene impreso en sus adentros.

Y, precisamente, porque un mundo secularizado rinde justicia a la dignidad del hombre más que un mundo sacralizado, la fe cristiana mira con ojos ansiosos y reverentes el proceso de la secularización. El cristianismo apuesta por el hombre más que nadie. Consecuentemente, el cristiano debe sumarse a la obra secularizadora con todas sus fuerzas y posibilidades. Por desgracia, se dan casos de «cristianos» que valoran las situaciones humanas de infra-desarrollo como situaciones privilegiadas para la experiencia religiosa. Estos «cristianos» creen equivocadamente que el Dios cristiano es el autor de un hombre infeliz e inválido, el creador de un espantapájaro de hombre en medio de la inmensa y solitaria naturaleza. Semejante Dios no se compagina en absoluto con el Dios que hizo al hombre y le puso al frente de toda la creación.

### **La revolución del hombre: la asignatura pendiente de la secularización**

Según hemos escrito, la secularización ha supuesto un enorme avance humano. La inteligencia humana, la fantasía humana, la voluntad humana, la sociabilidad humana, la esperanza humana, la precisión humana, la practicidad humana... han sido puestas en juego como nunca lo fueron antes, han sido ejercitadas hasta límites insospechados y han conseguido resultados insólitos que a su vez han estimulado la capacidad de las facultades humanas.

Pero no todo el ser humano ha experimentado ese desarrollo. Más exactamente: debemos reconocer que hay realidades humanas —las más originalmente humanas, las más distintivamente humanas, las más constitutivamente humanas— que no están irremediabilmente supeditadas al progreso científico-técnico, ni siquiera al progreso de las mismas facultades del hombre. El hombre es fundamentalmente un ser libre, y él es quien decide, en definitiva, ser hombre de una o de otra manera. La secularización conlleva una antropología y

facilita la manera secular de ser hombre, pero es cada uno de nosotros quien tiene la última palabra en su determinación humana.

Esto en principio. En la práctica, lo que se observa es que el hombre «tira» por los dictados antropológicos de la cultura científico-técnica. Peor todavía: muchos hombres han caído en los modos esclavizadores del secularismo. Son hombres que se conducen por la ley del más fuerte, por el tribunal del más poderoso.

Semejante hombre resulta ser la mayor aberración humana hasta el día de hoy, ya que ese hombre que ha logrado remontar niveles de vida indignos del ser humano es, precisamente, el mismo que yerra en la manera específica humana de comportarse.

Da pena y rabia contemplar el triste espectáculo humano que reflejan la TV, la prensa, la radio, la calle, el hogar, la fábrica... Es fácil ver en todos esos lugares los efectos maravillosos de la secularización. Pero también salta a la vista la degradación con que vive el hombre. Por supuesto, cuando decimos lo que estamos diciendo sobre el hombre, no hablamos de todos y de cada uno de los hombres. Estamos hablando del hombre en términos estadísticos de «la mayoría».

### **La secularización: tanto más cristiana cuanto más humana**

El hombre (particularmente, su núcleo de elección, su mismidad...) ocupa el centro de atención del mensaje de Jesús.

El reino de Dios predicado por Jesús tiene su emplazamiento mayor en el corazón del hombre. La conversión que propugna Jesús apunta directamente a ese centro humano de las grandes opciones y de la identidad propia. La justicia que proclama Jesús pasa por la realidad personal del pobre, del enfermo, del marginado social... Entre los mismos milagros atribuidos por los Evangelios a Jesús, aquéllos que merecen credibilidad histórica (los milagros «de curación» en contraposición a los llamados milagros «de naturaleza») tienen cumplimiento benéfico en seres humanos concretos (la suegra de Pedro, el parálítico...) y no en objetos de la naturaleza (el agua, el pan...).

Si ahora nos fijamos en la vida personal de Jesús, queda patente la verdad de la afirmación de que el cristianismo es la plenificación de lo humano.

El primer cristiano, Jesús, fue realizándose como hombre de acuerdo con los planes de Dios. Su vivir fue hacerse un hombre cada vez más amoroso, más cumplidor de la voluntad del Padre, más obediente, más decidido, más comprensivo, más fiel, más confiado... Por paradójico que parezca, debemos resaltar la trascendental importancia que la muerte tuvo en orden a la realización hu-

mana de Jesús. La muerte no es un acto cotidiano más, como el comer, el dormir, el hablar, el trabajar... Por su alcance existencial, la muerte despierta en el hombre actitudes supremas de entrega o de resistencia egoísta, de valentía o de cobardía, de confianza o de desesperación, de fe o de descreimiento, de oración suplicante o de protesta blasfema... Pues bien, fue en su muerte cuando más se realizó Jesús como hombre bueno, generoso, creyente, esperanzado, obediente, comprensivo, sacrificado...

Como se ve por el caso de Jesús, el cristiano no es aquel que hace cosas raras, ajenas a la vida, sino aquel que vive la vida con la más auténtica humanidad. Ser cristiano consiste en ser lo mejor del hombre que llevamos dentro de nosotros.

### **«Y no nos dejes caer en el secularismo»**

La secularización llegará a ser del todo cristiana cuando en ella los hombres se comporten humanamente lo mejor posible. Ahí es nada. Cuando el hombre está explotando al hombre más que nunca. Cuando el hombre se está desarrollando en la única dimensión del consumismo. Cuando por todos los medios de propaganda se nos insiste día tras día en que la grandeza del hombre consiste en el tener...

La cristianización de lo secular no es asunto de denominaciones. No se trata de añadir el nombre de «cristiano» a realidades como la política, la escuela, la nación, la familia, la cooperativa, la asociación benéfica... La cristianización es asunto estrictamente humano. El ser cristiano sólo compete al hombre, como el pensar, el decidir, el arte, la cultura...

Que estas actividades competan al hombre no significa que tengamos la misma capacidad ni facilidad para todas ellas. Concretamente, para ser cristianos son tales las dimensiones y la riqueza de contenido implicadas en semejante propósito que no nos bastamos con nosotros solos. Para que el fenómeno secularizador no desemboque en secularismo, sino en auténtico cristianismo, necesitamos recurrir repetida y explícitamente a Jesucristo. Necesitamos recordar su manera de ser hombre, para no dejarnos llevar por las maneras de ser hombre que vemos a nuestro próximo y lejano alrededor. Necesitamos revisar constantemente su comportamiento humano, para que el hombre viejo que somos cada uno de nosotros no nos lleve por sus caminos de egoísmo. Necesitamos tenerle permanentemente a nuestro lado, porque no se trata tan sólo de pensar como cristianos, sino de vivir como tales, y para esto necesitamos todavía más de él. Aun en el caso de que andemos tras los pasos de Jesús, también necesitamos retornar a la imagen del auténtico Hombre, para que nuestra vida se parezca cada vez más a la de Jesús de Nazaret y para que no se nos acabe nunca la cuerda de la bondad, que la tenemos muy corta.

## POSTDATA PARA EDUCADORES

Somos conscientes de que, tratándose de un artículo que debe mostrar la incidencia de la secularización en el proceso educativo, deberíamos terminarlo indicando la metodología idónea para que la secularización llegue a ser del todo cristiana en nuestros educandos (hijos, alumnos, miembros de catecumenado juvenil...). Pero no lo vamos a hacer. La razón única para no hacerlo es evitar el peligro de perdernos en pormenores y olvidarnos de lo principal. Y ¿cuál es el punto principal?

Pues, sencillamente, el hombre que eres tú, o yo, o cada educador concreto. En materia de educación, la manera de ser del educador es lo primordial. La relación educador-educando pasa de lleno por las personas reales del educador y del educando.

Sobre el tema de este artículo, lo decisivo es saber cómo vivimos nosotros, los educadores, la secularización:

- ¿Proclamamos *desde nuestra realidad personal* que la secularización es un valor cristiano?
- ¿Aparece *en nuestro vivir* que «secularización» no es lo mismo que «secularismo»?
- ¿La secularización llega a ser una vivencia cristiana *en nuestros hechos cotidianos*?
- ¿Nuestra fe cristiana nos lleva a *comportarnos* más humanamente?
- ¿Se dan *en nuestra vida* acciones, gestos, cuya explicación remite, más allá del fenómeno secularizador, a la fe en Jesucristo?
- ¿*Nuestra conducta* refleja la primacía del amor sobre el poder, del perdón sobre la venganza, de la gratuidad sobre el interés, del servicio sobre el dominio en nuestras relaciones con los demás?

... ..

Si desde tu manera real de ser hombre puedes responder afirmativamente a las preguntas formuladas, ¡ENHORABUENA! Tienes lo principal —tu manera real de ser hombre— para educar de verdad a otros en una secularización cristiana.